

LA CARTA DE JUAN DE LA COSA EN LA HISTORIOGRAFÍA CARTOGRAFICA

Luisa MARTÍN-MERÁS

Jefe de la Sección de Cartografía del Museo Naval de Madrid

Descripción de la Carta

La carta de Juan de la Cosa, que se encuentra en el Museo Naval de Madrid, Inv-257 es una carta manuscrita, con colores dibujada en dos pieles de pergamino unidas que miden en total 93 milímetros de alto por 183 milímetros de ancho, tiene tamaño irregular ya que la parte izquierda es el cuello del animal, en este caso parece piel de ternera. Es también una carta portulana tradicional a la que se le han añadido las tierras recién descubiertas. Está dibujada sobre dos trozos de pergamino pegados por el centro, cuya unión pasa por Italia y África. El pergamini-



Carta universal de Juan de la Cosa. 1500. Original en el Museo Naval.

no a su vez está pegado a una piel, operación que se realizó en el momento de su adquisición por España e instalación en el Museo Naval. Está firmada y datada, como es habitual en las cartas portulanas en la parte más estrecha de la piel que correspondía al cuello del animal, en el margen izquierdo de la carta y en una sola línea en dirección N-S, «Juan de la Cosa la fizó en el puerto de Santa María en anno de 1500», debajo de una imagen religiosa que solía ser la de la Virgen o Cristo crucificado y en esta ocasión es la de San Cristóbal que desplaza a la tradicional representación de la Virgen y el Niño que aparece en otro lugar.

Aunque, como es lógico carece de coordenadas geográficas, está dibujada la línea del Ecuador y la del trópico de Cáncer, así como el meridiano que pasa por las Azores que fue tomado como referencia geográfica para establecer la línea divisoria de los dos países ibéricos en el tratado de Tordesillas. La organización de las líneas de rumbos gira en torno a dos rosas de los vientos de 32 direcciones, centradas en la línea del Ecuador, una al sur de la península de la India y otra mayor en medio del Atlántico que enmarca una representación de la Virgen y el Niño, pegada al pergamino. Estas dos rosas son el centro de dos circunferencias determinadas por 16 rosas de los vientos, que en este caso no se cortan como en otras cartas posteriores sino que son independientes unas de otras. La carta está decorada a la manera de las cartas portulanas de la escuela mallorquina, con reyes con los símbolos de su poder, banderas y ciudades. El preste Juan de las Indias en África, cerca de la actual Etiopía o Abisinia y los reyes magos en Asia, son un ejemplo. Las escalas están colocadas los márgenes superior e inferior en la parte del océano Atlántico y expresan y expresan leguas, cada una de la cuáles valía 4 millas romanas; aunque el valor de la milla varió a lo largo de los siglos parece que en la carta medía cada una 1.480 millas romanas. En el margen inferior, a la derecha, aparece una cartela en blanco que debía estar reservada para la dedicatoria o para alguna leyenda que al final no se incluyó.

Se observa en la delineación de la carta la abundante información geográfica de la zona que abarcaban los portulanos esto es Europa y la cuenca mediterránea; la costa occidental africana alcanza una notable perfección que va disminuyendo en el trazado de la costa oriental que acababa de contornear Vasco de Gama en su viaje a la India de 1497-1499.

El trazado también es claro y detallado en la zona de las Antillas, donde destaca la clara insularidad de Cuba, comunicada ya a Colón por los indígenas en el primer viaje y comprobada por el mismo Juan de la Cosa en 1499 cuando acompañó a Ojeda y Vesputio y pudo comprobar en dicha isla la fuerza de la

corriente del Golfo, frente a las opiniones de Colón. La zona de costa descubierta al sur y norte de las Antillas está dibujada de manera imprecisa tanto las zonas continentales representadas por una masa amorfa verde, como la gran cantidad de islas distribuidas al azar y muestran que el cartógrafo no tenía información de primera mano como era el caso de las Antillas donde, como hemos dicho, el autor había realizado viajes de descubrimiento. Así pues en el continente americano recoge las noticias de los descubrimientos de Juan Caboto en su primer viaje, (1498) los tres viajes de Colón (1492, 1493, 1498) y el de Ojeda, Vesputio y el propio Juan de la Cosa en 1499.

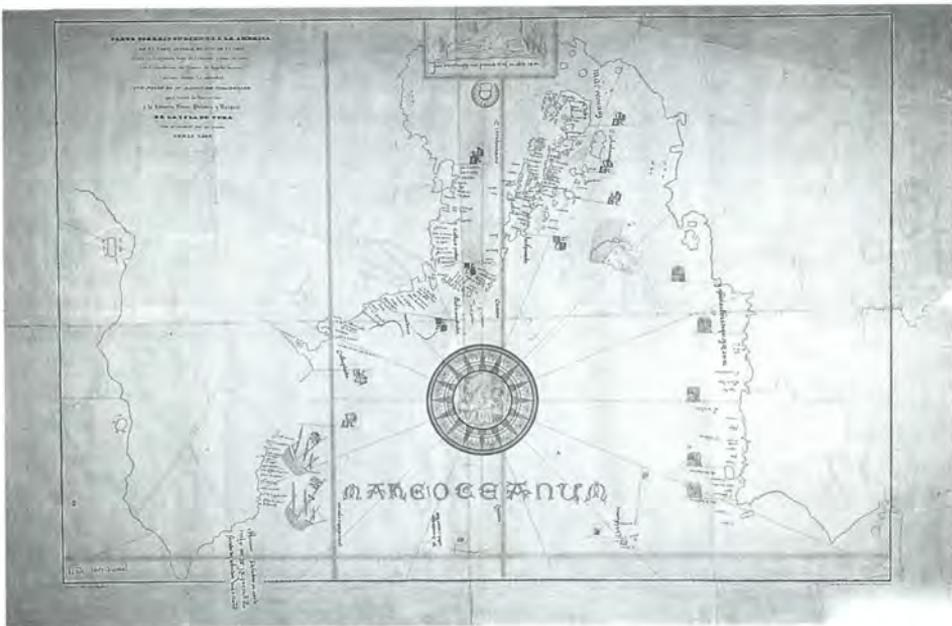
La carta no es un mapamundi en el sentido tradicional del término y tal como son los de Ptolomeo en esa misma época sino una carta universal, recordemos que el autor escribió la hizo, como las que más adelante conformarían el padrón real ya que la parte de China continental y Japón no está representada sino que termina en la península de la India. A partir de este documento cartográfico el empirismo será una característica fundamental de la escuela de Sevilla que no concede lugar a la imaginación en la delineación de las cartas ya que éstas eran instrumentos de información para la próxima expedición descubridora y por tanto vitales para una buena navegación.

El autor Juan de la Cosa, era un marino cántabro afincado en el Puerto de Santa María, que acompañó a Colón en sus dos primeros viajes, y a Ojeda en otros dos, parece que hizo en total siete a las Indias, y murió en 1511 a manos de los indios en Cartagena de Indias. Debió hacer la carta a la vuelta de su primer viaje con Ojeda a mediados del año de 1500 ya que llegó a Sevilla en junio de 1500, y desde luego debió ser un encargo que costó caro al ordenante si tenemos en cuenta la riqueza de toda la ornamentación y los oros empleados. La finalidad de la carta era sin lugar a dudas mostrar las tierras descubiertas, poniéndolas «en relación con el mundo conocido». Si aceptamos esta consideración lo mismo pudo ser hecha para el arzobispo Fonseca, encargado de organizar los viajes a las Indias, como para cualquier mandatario extranjero, posiblemente italiano como sucedió con la carta de Cantino [1503].

Es una carta representativa en varios aspectos que marca la transición de la cartografía mallorquina a la escuela sevillana, participa de aquella en la ornamentación y representación del mundo conocido hasta entonces, especialmente del Mediterráneo. Es sin embargo el primer exponente de la cartografía producida por la Casa de la Contratación y la primera que representa América, aunque el autor, como sus contemporáneos, pensaba que era Asia. A partir de esta carta los padrones reales españoles se harán de la misma forma aunque introduciendo paulatinamente todos los avances técnicos del siglo.

La representación cartográfica de Europa en tiempos de la carta

El conocimiento de las regiones de Europa del norte en la Antigüedad y Edad Media venía proporcionado por las conquistas de las legiones del Imperio romano y éstos no mostraron gran interés por explorar más allá de sus fronteras. Después de la caída del Imperio romano, los pueblos que ocuparon su lugar tampoco se interesaron por el conocimiento de su entorno geográfico, si exceptuamos a los árabes, que tanto en sus conquistas como en sus transacciones comerciales, demostraron un conocimiento geográfico plasmado en excelentes trabajos. Pero podemos considerar poco importante la influencia de los árabes en la cartografía náutica medieval. Por lo tanto, el portulano normal abarcaba el mundo conocido desde el tiempo de los romanos y griegos, y sobre todo, el ámbito geográfico donde estos pueblos realizaban su comercio y en ese sentido, permaneció inalterable.



Parte de la carta de Juan de la Cosa correspondiente a América, publicada por D. Ramón de la Sagra en París 1837. Museo Naval

Es en el mapa de Marino Sanudo de 1310, donde las regiones de Escandinavia comenzaron a tomar una forma concreta aunque no perfecta, probablemente debido a la observación directa que el autor del mapa obtuvo de esos territorios:

pero la representación relativamente correcta que dio Sanudo a la península escandinava, no fue nunca adoptada por los autores de portulanos, que representan el Báltico como un gran mar con muchos afluentes hacia el E. y el O; y circundado al N. por un país rodeado de montañas que se extendía hasta Escocia. El golfo de Botnia no había sido descubierto aún y Jutlandia aparecía como una gran isla en el Báltico, a menudo en color rojo y oro para significar su riqueza. La costa sur del mar Báltico estaba dibujada con líneas estrechas en las que las ciudades y ríos se marcaban de una forma estereotipada que indicaba claramente que los datos no procedían de la observación directa.

El mapa de Alemania y del sur de Escandinavia de Nicolás de Cusa, impreso en Eichstadt en 1491, muestra estas regiones de la misma manera, lo que nos indica el escaso conocimiento que de las regiones del N. de Europa tenían los habitantes del sur y centro del continente.

El trazado de Europa en los portulanos está basado en el conocimiento proporcionado por los marinos mediterráneos, especialmente españoles e italianos, que iban a Flandes y a los puertos ingleses al comercio de la lana. Este comercio empezó en 1262 y el de los ingleses en el Báltico en 1310.

Ya hemos dicho que los cálculos de distancias en el Mediterráneo son acertados por estar cerca del Ecuador y no haber mucha deformidad en la proyección cartográfica de estas regiones; es decir que los portulanos tenían una proyección mercatoriana, valga la expresión, antes del descubrimiento de Mercator. Esta ventaja desaparece a medida que se aumenta la latitud, por lo que en las regiones del norte de Europa y en los mares más allá del estrecho de Gibraltar, la representación cartográfica no es conforme y Europa aparece deformada y achatada, imagen característica de los portulanos.

La representación de Inglaterra con Escocia separada por un canal fue fijada en el siglo XIV y repetida en todos los portulanos hasta el XVI. Esta representación procedía de las noticias de Ptolomeo, lo mismo que la isla de Thule y otras islas imaginarias alrededor de Irlanda. En Europa no aparece por lo general la figura de los reyes para identificar un país ni de animales, sólo de ciudades.

La representación cartográfica de África en tiempos de la carta

Como es lógico, toda la información de las costas de África que encontramos en los portulanos procede, en mayor o menor medida, de los portugueses. En este sentido la carta de Juan de la Cosa es un magnífico exponente.

El interior de África era desconocido en aquella época y hasta el siglo XIX, por lo que aparece lleno de reinos imaginarios y soberanos míticos entre los que se encuentran el preste Juan de la Indias y la reina de Saba. El frustrado viaje de Sebastián Caboto a la Especiería que acabó en el Río de la Plata en 1530 estaba encaminado según él a encontrar las tierras de Ofir y Tarsis de donde se trajo Salomón el oro para construir el templo y donde habitaba la reina de Saba.

Las escasas informaciones de este continente, anteriores a las de los portugueses, provenían de los mapas de Ptolomeo. Las fuentes del Nilo, que no se descubrieron hasta el siglo XIX, admitían toda suerte de interpretaciones. El río Congo en su curso hasta el mar, salía de un lago interior que también le suministraba agua al Nilo y a un tercer brazo o río que desembocaba en el sudoeste de la costa de África. En la carta de Juan de la Cosa el contorno de África está muy bien diseñado pues tiene su orientación norte sur a diferencia de otras cartas anteriores que aparece con inclinación noroeste-sudoeste ya que Ptolomeo la concebía como formando parte de Asia para hacer del Índico un mar cerrado.



Portulano del Mediterráneo de Juan Vespuci. Sevilla 1526. Original en Archivo de Indias.

Vasco de Gama pasó el cabo de Buena Esperanza en 1497, las deformaciones la costa oriental africana provienen del trazado que hicieron los pilotos portugueses sobre todo desde Mogadiscio cuando perdieron de vista esa costa para ir a Calicut y copiaron informaciones de proporcionadas por los habitantes africanos que en algunos casos no entendieron. Encontramos un recuadro vacío en el Sur de África que debía tener un escudo de Portugal pero que ha debido despegarse y al lado una explicación que dice: «Hasta aquí descubrió el excelente rey D. Juan de Portugal» en referencia al viaje de Bartolomé Días».

La representación cartográfica de Asia en tiempos de la carta

La idea del mundo que tenían los cosmógrafos de la Antigüedad y Edad Media era fundamentalmente la de una gran masa de agua que rodeaba a los tres continentes conocidos, Europa, Asia y África; la idea de los antípodas o habitantes de la parte opuesta a estos continentes estaba en continua controversia en el mundo científico.

Las informaciones sobre Asia, antes del siglo X, llegaron a Europa a través de viajeros ocasionales, principalmente mercaderes y sobre todo, a través de los árabes. Pero a partir del siglo XIII, el aporte de datos sobre la distribución de las tierras asiáticas y su comunicación con el viejo mundo se produjo a través de las embajadas al Asia Central del rey de Francia y del Papa y por las empresas comerciales de las ciudades italianas. En este sentido el viajero por excelencia fue Marco Polo. El miedo a la invasión mongol, que había devastado Rusia y gran parte de Polonia y la leyenda que circuló a mediados del siglo XII entre los reyes cristianos sobre la existencia de un preste (prebisterus) Juan de las Indias que gobernaba en el este de Asia y que era cristiano, puso en movimiento estas embajadas. Este rey, que las primeras noticias ubicaban en Asia, está representado en los portulanos en la región de Abisinia, o Etiopía con una mitra y una cruz. Se pensaba entonces en una alianza entre este poderoso rey y las naciones de la Cristiandad para convertir a la religión católica aquel vasto y desconocido continente que, en la parte conocida, estaba dominado por los árabes.

Este estado de opinión llevó al papa Clemente IV, en el concilio de Lyon de 1245, a enviar dos emisarios al Asia Central, uno franciscano y otro dominico. San Luis, rey de Francia, comisionó a dos franciscanos en 1253 con la misma intención. Las relaciones de estos viajes fueron poco conocidas en la época y no debieron influir en el desarrollo de la cartografía.

Todo lo contrario ocurre con el viaje de Marco Polo, que estuvo 17 años en

el reino de Kublai Khan y que a su vuelta, estando en una prisión genovesa, dictó el relato de sus viajes a Rusticello de Pisa, su compañero de celda. Este relato circuló rápidamente en varios idiomas y fue editado cinco veces en el siglo XV. Sus noticias son las primeras fidedignas que recibieron los europeos de las ricas y vastas regiones del Oriente asiático. En su libro establece el curso de los ríos, explica que la isla de Cipango se encuentra más allá de las costas de Cathay. Confirma que todo el continente asiático, desde Cipango hasta Suez, está rodeado de agua y proporciona noticias, obtenidas de marineros y mercaderes, de las islas de los mares de China e India tales como Cipango (Japón), Java, Sondur y Condur (islas de Pulo Condor), Pentam (Bintang, en el estrecho de Malaca), Java Minor (Sumatra), Necuveran, Angamanan, Ceylan, Madagascar, Zanzibar etc.

La contribución de Marco Polo a la geografía no se ha ponderado bastante; su descripción de las ricas regiones que recorrió, motivó directamente el viaje de Colón y todos los deseos de aventuras que nutrieron a los hombres de los siglos XV y XVI. El verdadero descubridor del Pacífico en la orilla asiática fue Marco Polo, pero al no dar detalles geográficos sobre la situación de las islas que mencionaba, se produjeron confusiones en los mapas, sobre todo en los de tipo ptolemaico. De este modo Angamanan y Necuveran, que probablemente eran las islas Andaman y Nicobar fueron colocadas al E. de la península de la India, confundiéndolas con Ceylan.

La influencia directa en la geografía de su época es más discutible, pues si bien aparece en el atlas catalán de 1375, en el planisferio de Fra Mauro de 1459 y en el globo de Martín Behain de 1492, no se detecta su inspiración en ninguna de las relaciones cultas de la época, puesto que su relato estaba considerado como fantástico. Hasta que los portugueses no confirmaron estas novedades geográficas en sus viajes de descubrimiento, su viaje no mereció verdadero crédito. No ocurrió igual con el público no especializado, que aceptó sus relatos como una revelación y que adquirió el gusto de la aventura a través de ellos.

Los viajes de los portugueses, que tuvieron lugar desde 1487 y cuyos hitos principales en relación con el continente asiático fueron: 1515, conquista de Malaca; 1516, año de la expedición a China y 1542, llegada al Japón, supusieron doblar el cabo de Buena Esperanza, reconocer la costa E. de África, llegar hasta Melinda y Calicut, Ceylan, islas de la Sonda, Malaca, Socotora, Ormuz, y golfo de Persia, la India, China y Japón. En la carta, debajo de la península indostánica encontramos una nota que dice: Tierra descubierta por el rey D. Manuel, rey de Portugal, en referencia al viaje de Vasco de Gama (1497-99)

Como bien ha señalado Humboldt, en la Edad Media costaba asimilar des-

cubrimientos que no estuvieran ya indicados por las fuentes clásicas. Esto ocurrió con África y, en mayor medida, en Asia. Aunque los marinos y exploradores habían dejado constancia de sus descubrimientos, la mente de los geógrafos estaba anclada en las viejas representaciones de la Tierra y, tras un período de duda y vacilación, volvieron a las antiguas concepciones. Mientras que los descubrimientos de Vasco Nuñez de Balboa en el Pacífico y de Cortés y Pizarro en América fueron correctamente incorporados a los mapas en un corto espacio de tiempo, a mediados del siglo XVI no se conocía la forma de la península de la India, a pesar de que había sido explorada y descrita desde tiempos de Alejandro Magno.

Contribuyó probablemente a este desconocimiento de Asia, el deseo de los portugueses de mantener en secreto sus descubrimientos en esta parte frente a dos rivales en el comercio de las especias: las naciones europeas y los musulmanes. No ocurrió lo mismo con las posesiones del Nuevo Mundo, donde no había competencia con los moros, ni oposición de los aborígenes y sobre todo, donde no había posibilidad, en un principio, de un floreciente comercio. Los geógrafos clásicos tenían muy pocas noticias del mayor océano de la tierra, pensaban que rodeaba las tierras inhabitadas del este de Asia. Cuando fue aceptada la forma esférica de la Tierra, se pensó que el agua llegaba desde las costas de la Península Ibérica hasta las del este de Asia, aunque algunos no admitían la comunicación entre los océanos.

Ptolomeo consideraba el océano Índico como un todo, con África en el oeste, en el norte Asia y en el sur y sudeste habría una tierra llamada *Terra Australis Incógnita* cuya representación se ha repetido en los mapas hasta el siglo XVIII.

La representación cartográfica de América en tiempos de la carta

Colón murió con el convencimiento de que las tierras descubiertas formaban parte de Asia. Esta creencia está expresada en los mapas que dibujan el N. de América unida a Asia.

Los portulanos del XIV y XV abarcaban no sólo las islas Canarias, Azores y Madeira, sino también una serie de islas fabulosas en el Atlántico, cuyos nombres encontramos repetidos en América, pues los conquistadores llevaron consigo sus fantasías geográficas. Entre ellas estaba la ínsula de Brasil, colocada unas veces al O. de Irlanda y otras al lado de las Azores, que según la leyenda no podía ser vista más que por los elegidos. A menudo la circunferencia de la isla parece estar trazada con un compás y en su interior suele haber un gran lago rodeado de islas. Otras veces está dividida en dos por un estrecho. La isla aparece en algunos

portulanos, pero muchas veces se omite la designación ínsula de Brasil. Al sur de esta isla y más cerca de la tierra irlandesa suelen dibujar otra isla, la ínsula de Mam o illa de Mayde. Al sur de la isla de Mam colocan una gran isla que es llamada Antillia y que alterna su lugar, como la de Brasil; bien, cerca de Irlanda, bien al lado de las Azores. La isla de Antillia se consideraba la isla de las siete ciudades, adonde habría llegado en el siglo VIII el obispo de Oporto con otros seis obispos portugueses huyendo de los moros y donde habrían fundado siete prósperas ciudades.

La isla de San Brandán aparece casi siempre encima del Ecuador, aunque también está situada en algunos mapas cerca de Irlanda. Su existencia se debe a una leyenda sobre el viaje de unos monjes irlandeses del siglo VI. Otras islas míticas son: Drog, Escotiland, Frisland, Icaria, Thule etc. Estos territorios fantásticos permanecen en la cartografía hasta un siglo después del viaje de Colón y ya hemos visto cómo los descubridores creyeron ver algunas de sus míticas cualidades en las nuevas tierras que iban encontrando.

En la carta de Juan de la Cosa el trazado es claro y detallado en la zona de las Antillas, basado en los dos primeros viajes de Colón en los cuales fue Juan de la Cosa.

Se destaca la clara insularidad de Cuba, comunicada ya a Colón por los indígenas en el primer viaje y comprobada por el mismo Juan de la Cosa en 1499 cuando acompañó a Ojeda y Vespucio y constató en la isla la fuerza de la corriente del Golfo, frente a las opiniones de Colón. La zona de costa descubierta al norte de las Antillas está dibujada de manera imprecisa tanto las zonas continentales representadas por una masa amorfa verde, como la gran cantidad de islas distribuidas al azar y muestran que el cartógrafo no tenía información de primera mano. Pero, aunque de forma no muy detallada, en la carta están señalados los descubrimientos de Juan Caboto en su primer viaje (1498), y se pueden ver cinco banderas inglesas y la leyenda «tierra descubierta por Ingleses».

Al sur de las Antillas está señalado el tercer viaje de Colón en 1498, el de Ojeda, Vespucio y el propio Juan de la Cosa en 1499, los descubrimientos de Yañez Pinzón con la indicación de «este cabo se descubrió en el año de 1499 por Castilla, siendo descubridor Vicens ians». Aparece también reseñada la tierra que descubrió Cabral como una isla en azul ya que el portugués la consideró isla y la llamó de Vera Cruz o Santa Cruz. Algunos autores, entre ellos Ricardo Cerezo, creen que está señalado el 4º viaje que Colón que iba a buscar un paso hacia las Indias en la zona donde está dibujado San Cristóbal para llegar la isla de Trapobana, en la carta muy resaltada y ampliada.

Cartobibliografía

Pasamos a hacer un breve repaso a la bibliografía que ha generado esta carta y las distintas controversias que ha suscitado. Como es obvio la parte que más se ha estudiado es América pues es donde reside toda la innovación en relación con la cartografía contemporánea. A continuación África y muy poco o casi nada Asia y Europa cuya descripción no aporta nada nuevo.

Podemos señalar tres momentos en los que el interés que ha suscitado su estudio se ha incrementado: El primero sería cuándo aparece y se da conocer al mundo científico por Humboldt¹, La Sagra², Jomard, el vizconde de Santarem y Fernández Duro, entre otros; el segundo con motivo del IV y el tercero en los años inmediatamente anteriores y posteriores al V centenario del Descubrimiento de América.

Un tema muy polémico fue la personalidad del autor, y se ha argumentado que había dos marineros en Pto. de Santa María con ese nombre, uno fue al primer viaje y otro diferente habría ido al segundo y hecho la carta. A favor de esta tesis estaban en los años cincuenta de este siglo Justin Winsor, Alicia B. Gould y George Morison, en contra Barreiro Meiro³ y Ballesteros⁴.

Otro tema muy discutido ha sido la autenticidad de la carta y de la fecha debido a la forma extraña en que apareció cuatro siglos después de su trazado y a otras razones. Como se verá más adelante, los análisis realizados en 1987 con todos los medios técnicos contradicen este supuesto⁵.

Los problemas de toponimia y la fidelidad del trazado de las costas americanas es otro tema recurrente. Pero ha sido en los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1992 cuando, auspiciados por el Museo Naval y desde su entorno; se han hecho una serie de estudios en profundidad que en mi opinión han agotado el tema.

El primero que demostró con sólidos argumentos que la insularidad de Cuba no contradecía la fecha de la carta y que Juan de la Cosa fue con Colón a los dos

¹ *Examen critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent*. París, 1839.

² *Historia física, económico-política, intelectual y moral de la isla de Cuba*. París, 1861.

³ *Juan de la Cosa y su doble personalidad*. - Madrid: Instituto Histórico de Marina, 1970, y *Revista General de Marina*, 1970 (T, 179), pp. 165-191.

⁴ BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO: *El cantábrico Juan de la Cosa y el descubrimiento de América*. Santander: Diputación Regional, 1987.

⁵ NUNN, GEORGE: *The mappemonde of Juan de la Cosa: a critical investigation of its date*. Jenkintow: George H. Beans Library, 1934.

primeros viajes ha sido el que fue subdirector del Museo Naval y renombrado historiador Roberto Barreiro Meiro. El anterior director del Museo Ricardo Cezezo estudiado distintos aspectos de la carta desde 1987 hasta 1994⁶, entre los que se pueden citar la influencia del geomagnetismo en ella, la escala de la carta y ha desmontado con argumentos difícilmente refutables las distintas objeciones sobre la competencia de Juan de la Cosa como cartógrafo y navegante sus presuntos fallos, haciendo notar que el autor consideró en su carta que estaba representando las tierras del Poniente de Asia y que había hecho siete viajes a las Indias, tres más que Colón.

Por su parte Hugo O'Donnell también vinculado largamente al Museo Naval ha hecho un estudio para acompañar al facsímil de la editorial Egeria⁷. Este autor mantiene la tesis, con la que estamos en absoluto desacuerdo, de que Juan de la Cosa hizo un simple bosquejo mudo e incompleto de la parte americana, que luego fue completado y enriquecido con el resto del «mapamundi» por otro cartógrafo en España ya que la competencia científica de Juan de la Cosa era muy deficiente y el verdadero cartógrafo de estos primeros viajes era Colón, a cuyo descendiente dedica el trabajo.

El último trabajo en el tiempo 1995 es el de Fernando Silió, profesor de la Universidad de Cantabria, que ha aplicado los modernos sistemas de información geográfica y cartografía digital al estudio total de la carta. Sobre todo en su vertiente métrica y de su proyección cartográfica⁸.

Historia de la carta

La carta de Juan de la Cosa no fue conocida, ni citada ni descrita por sus contemporáneos hasta que, en el año 1832 el barón de Walkenaer, embajador holandés en París la compró a un chamarilero que no sabía lo que le vendía. El barón la mostró en su círculo de amigos, siendo el baron de Humboldt el primero que la dio a conocer, como hemos dicho más arriba. En 1853 la biblioteca del diplomático fue puesta a la venta por sus herederos. Ramón de la Sagra, que

⁶ «La carta de Juan de la Cosa» (I) *Revista de Historia Naval*. N.º 39 (1992), pp. 31-48. «La carta de Juan de la Cosa» (II) *Revista de Historia Naval*. N.º 42 (1993), pp. 21-44. «La carta de Juan de la Cosa» (III), *Revista de Historia Naval*. N.º 44, pp.21-37.

⁷ O'DONNELL, Hugo: *El mapamundi denominado «Carta de Juan de la Cosa»*. Madrid: Editorial Egeria-Gabinete de Bibliófilia, 1992.

⁸ SILIÓ CERVERA, F.: *La carta de Juan de la Cosa 1500. Análisis cartográfico*. Santander. Fundación Marcelino Botín, Instituto de Historia y Cultura Naval, 1995 .

también había reproducido la parte de América en su *Historia Política y natural de la Isla de Cuba* alertó al Ministerio de Marina de la importancia de que el documento se adquiriera por cuenta del Depósito Hidrográfico. El Ministerio de Marina trasladó esta inquietud al Gobierno, que la hizo suya y comisionó a Ramón de la Sagra para personarse en la subasta que anunciaba que la carta de Juan de la Cosa era «el más interesante bosquejo geográfico que nos ha legado la Edad Media».

Henry Stevens⁹ hizo una relación de cómo se desarrolló la subasta que reproducimos:

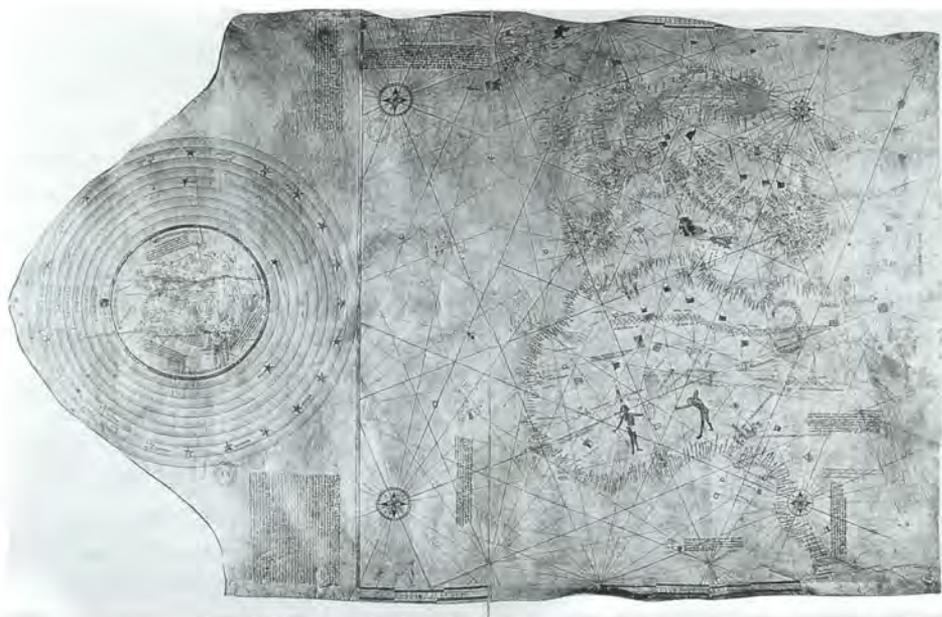
«En mayo 1853 tuvo lugar en París la subasta de Walkenaer. Encargué muchos libros para Mr. Brown¹⁰ y Mr. Lenox¹¹ bajo mi responsabilidad, ya que no habían recibido el catálogo a tiempo. En esta subasta el n° 2904 era un gran mapa del mundo manuscrito por Juan de la Cosa, hecho en Santa María en España en el año de 1500, hecho famoso por Humboldt, entonces y ahora el más precioso documento cartográfico relativo al Nuevo Mundo. Mr. Brown apareció en Londres justo entonces pero no pareció muy interesado en él. Así que yo determiné ir sólo y dije a mi agente de París que ofreciera 1000 francos. Me replicó confidencialmente que sabía que una gran biblioteca extranjera, que yo pensé era el Museo Británico, había ofrecido mucho más que yo. Deseando asegurar el precio respondí que doblara la oferta. A vuelta de correos me contestó que 2.000 francos ya no era bastante pues le habían asegurado que Mr. Jomard, de la Biblioteca Real de París sobrepasaría la oferta. Como el tiempo corría y mi ansiedad aumentaba, le escribí la noche antes de la subasta, que si le parecía bien doblara mi límite. Así que mi límite era 4.000 francos. La reina de España ganó la apuesta por 4.020 francos y yo tuve el honor de perder por una cabeza pero no pagué nada ni tampoco Mr. Lenox. El Museo Naval de Madrid (catálogo 553) conserva ahora este precioso documento geográfico mucho más valioso que el mapa portugués de Cantino ahora salido a la luz, con su Cuba duplicada y falsa e hipotética geografía basada en relatos mal interpretados por los portugueses del primer y segundo viaje de Colón». La carta finalmente se compró por 4.321 francos y se expuso en la Sala de Descubrimientos del Museo Naval. Para instalarla convenientemente se enteló toda la superficie de la carta y se reforzaron con una piel de Rusia solamente las partes perdidas del pergamino y el contorno de él, dejando una pequeña pestaña que servía para sujetarlo mediante chinchetas a un panel de

⁹ *Recollections of Mr James Lenox*, London, 1886.

¹⁰ Bibliófilo estadounidense, fundador de la Carter Brown Library.

¹¹ Fundador de la New York Public Library.

madera contrachapada de 5 mm. recubierto de seda que actuaba como fondo del montaje. Todo iba enmarcado con un marco de roble tallado, con la cabeza de Colón en el centro de la parte superior y diversos motivos alegóricos, que fue hecho por José Costa por la cantidad de 2.500 ptas. En el catálogo del Museo con el n.º 553 aparece la siguiente explicación:



Carta anónima ca. 1490 con los descubrimientos portugueses en África.
Original en Biblioteca Nacional de París.

«Carta de la parte correspondiente a la América que levantó el piloto Juan de la Cosa en el segundo viaje del descubridor genovés en 1493 y en la expedición de Alonso de Ojeda en dicho año. Sustraída de España, la poseía el barón de Walkenaer, cuyos testamentarios la vendieron en pública almoneda y la adquirió el Depósito Hidrográfico. Su director que fue el Sr. D. Jorge Lasso de la Vega, tuvo la condescendencia de que se depositase en este Museo, para que el público pueda ver un documento tan curioso y de mérito con relación a la época en que se hizo».

Con ocasión del IV Centenario del descubrimiento de América, Cánovas Vallejo y Traynor hicieron una edición facsímil litografiada en la imprenta de V.

Faure en Madrid. 25 ejemplares eran en pergamino, numerados, sellados, e iluminados a mano con el precio de 500 pts; otros 100 ejemplares se hicieron en papel vitela y numerados y por último un número de ejemplares indeterminado se hizo en papel satinado. Acompañando al facsímil iba un estudio de la carta¹² en español, inglés y francés.

En noviembre de 1936 cuando las tropas nacionales se acercaban a Madrid, el subsecretario de Marina recibió el encargo del gobierno de enviar la carta, junto con otros objetos valiosos, a Valencia, donde estuvieron hasta finalizar la guerra en que volvieron según consta en los archivos del Museo. Desde entonces la carta ha salido en muy raras ocasiones de su emplazamiento en el Museo, una vez en 1952 a la exposición organizada por la Real Sociedad Geográfica en Madrid, en 1958 a la exposición del IV centenario de la muerte de Carlos V en Madrid y que recordemos una sola vez al extranjero, a Nueva York. La carta no ha sido nunca restaurada aunque hay un informe de 1976 del Centro de Restauración, indicando las actuaciones que se podían llevar a cabo pero finalmente se optó por no tocarla. En 1987 fue llevada al Gabinete de Documentación Técnica del Museo del Prado donde se analizó por medio de radiografías, rayos infrarrojos y fluorescencia ultravioleta. El resultado de estos análisis declaró que los pigmentos utilizados estaban conformes con la fecha de realización y que no se apreciaba ningún repinte posterior. Aproximadamente en ese mismo año el cartógrafo del Museo Suárez Dávila terminó una reproducción de la carta hecha a mano y utilizando, en la medida de lo posible los mismos pigmentos que en el original, además de un estudio y recuperación de topónimos, tarea en la que empleó cerca de 10 años¹³. Se había abordado esta ingente tarea con el fin de tener un cuasi original para el préstamo a exposiciones. Había quedado tan bien que el director del Museo D. Ricardo Cerezo decidió sustituirla por el original que estuvo tapado por la copia durante los años 1988 hasta 1992, lo que indujo a no pocas confusiones pues esta sustitución no se indicaba en el cartel explicativo.

Antes de 1992 se realizó en el entonces Centro de Restauración y Conservación del Patrimonio Nacional una urna horizontal que mantiene constantes la humedad, temperatura y luz, además de estar recubierta por un cristal a prueba de impactos que es donde se conserva ahora.

¹² VASCANO, A. Ensayo biográfico del célebre navegante y consumado cosmógrafo Juan de la Cosa y descripción e historia de su famosa carta geográfica por Antonio Vascano, Obra impresa en español, francés e inglés, para acompañar al mapa-mundi de Juan de la Cosa que, como recuerdo del Cuarto centenario del descubrimiento de América, han publicado en Madrid los señores Cánovas Vallejo y Traynor. Octubre 1892. Madrid: Tipo-litografía de V. Faure, 1892.

¹³ O'DONNELL, *ob. cit.*, ha incluido como apéndice de su obra los estudios toponímicos de Suárez Dávila.

En 1992 se hicieron otros dos facsímiles muy bien conseguidos, uno lo hizo la Editorial Egeria con un estudio de Hugo O'Donnell y otro hecho por la Editorial Testimonio¹⁴ con estudio de José Luis Comellas.

Como detalle anecdótico señalar que en 1992 año hubo una comunicación al Ministerio de Cultura desde Lima ofreciendo en venta una segunda carta de Juan de la Cosa. El dossier que era poco creíble fue enviado al Museo Naval, donde se concluyó que la carta debía ser uno de los facsímiles hechos en 1892 en pergamino, aunque no tuvimos ocasión de examinarla directamente pues se perdió el rastro del poseedor.

¹⁴ SEGUNDO DE IZPIZÚA: *Los vascos en América. Historia de América*. Vol. IV. Madrid, 1918. pp. 231-233. Da una lista de las reproducciones de la carta. Citado por Cerezo en *La cartografía náutica española de los siglos XIV, XV, y XVI*, Madrid. CSIC, 1994, p. 111.